

Una conversación de doce horas con la ensayista la retrata en 1978 en el esplendor de su carrera

EUGENIO FUENTES

Fue la lectura de *Martin Eden*, la novela de *Jack London* tenida por más autobiográfica, el resorte que a los trece años empujó a Susan Sontag por la senda de la escritura. Sin embargo, más de veinte años después, Sontag habría de expresar su convencimiento de que ya no podría leer de nuevo ese texto. No, al menos, con la misma emoción. "Jack London no es un autor que pueda satisfacer a una persona adulta hoy en día". Corría 1978 cuando Sontag (1933-2004) lanzaba la confesión y el aventurado dictamen, tal vez válido para Eden pero más difícil de sostener ante cuentos como *Encender una hoguera*, *Un buen bistec* o *El burlado*.

Sontag acababa de superar un cáncer de mama y en las librerías bailaba fresco uno de sus volúmenes más influyentes, *Sobre la fotografía*, mientras se aguardaba la inminente salida de *La enfermedad y sus metáforas*, y de su libro de relatos *Yo, etcétera*. A los 45 años, la mujer que en 2003 sería galardonada con el "Príncipe de Asturias" estaba en su esplendor como ensayista inquieta, osada para viajar a Hanoi en plena guerra del Vietnam, radical hasta donde podía serlo la izquierda divina de la Gran Manzana, capaz de convocar en un mismo párrafo la vena popular que le permitía disfrutar las furibundas descargas adrenalinicas del punk y la vena académica, muy afrancesada, que la había alimentado en universidades de California, Chicago y la Costa Este. Apenas faltaban algunos meses para que la llegada al poder de *Margaret Thatcher* tañese los primeros compases de muerte del ciclo histórico de la esperanza. Con ellos, además de sentar las bases de la neoesclavitud, abrió la puerta que habría de desplazar a Sontag a la vitrina de las vacas sagradas. Las que reciben creciente reverencia a medida que se achica su capacidad de conmoción social inmediata.

En aquellos momentos, el periodista estadounidense *Jonathan Cott*, vinculado desde sus inicios a la revista "Rolling Stone" y antiguo alumno de Sontag en Columbia, vio llegado el momento de entrevistarla y dialogó con ella en París durante tres horas de junio de 1978. Sontag, contertulia fértil e inquieta, admitía las entrevistas de buen grado. Pese a ser una lectora compulsiva, y desordenada, aseguraba que las charlas le habían enseñado gran parte de lo que sabía y le permitían descubrir lo que pensaba. De modo que la cita fue fructífera y Cott concibió la idea de prolongarla ese mismo otoño en Nueva York. El resultado fueron doce horas de grabaciones, condensadas en una pieza tenida por "mítica". Cuarenta años después, *Susan Sontag, la entrevista completa de "Rolling Stone"* permite acceder a la conversación íntegra y, además de esclarecer cómo se veía Sontag a sí misma, comprobar la pervivencia, en unos casos, y la virtud anticipatoria, en otros, de algunas de sus reflexiones.

El volumen, es verdad, incluye un

Los buhoneros de la política: de Hobbes a Trump

Corey Robin aborda la arquitectura institucional de la desigualdad en *La mente reaccionaria*

RAMÓN PUNSET

Cómo vender la legitimidad de la dominación existente, personal u oligárquica, a la sociedad que la padece, es el falso elixir ideológico de los buhoneros conservadores acerca de los que trata *La mente reaccionaria*, del profesor estadounidense de Ciencia Política *Corey Robin*, que empieza con *Thomas Hobbes* y acaba, no sin cierto oportunismo editorial, con *Donald Trump*. Por supuesto, también la izquierda tiene sus propios buhoneros e idéntico afán de poder.

La gradual aceptación por la derecha de la entrada de las masas en el escenario político la hizo consciente de la necesidad de incorporar —simbólicamente, claro está— a las clases sociales medias y bajas al estatus de la clase dominante. El camino previo pasa por el populismo, mientras que el camino posterior conduce a un feudalismo democrático. La tarea del populismo consiste en apelar a las masas sin perturbar el poder de las élites.

En términos generales, conseguir que los privilegios sean tolerados, escribe Robin, es un proyecto permanente de todas las formas de conservadurismo, si bien cada generación de ideólogos conservadores debe adaptar ese proyecto para que encaje en el contexto de su época. Un gran estudioso de la sociología del pensamiento, *Karl Mannheim*, afirmaba que a los conservadores nunca les ha entusiasmado la idea de la libertad, pero a veces, cuando ha sido conveniente, en lugar de atacarla, han hecho de ella la tapadera de la desigualdad, y de la desigualdad la tapadera de la sumisión. El argumento es el siguiente: a) las personas son desiguales por naturaleza; b) la libertad exige que se les permita desarrollar sus dones desiguales; c) una sociedad libre debe ser, por consiguiente, una sociedad desigual, compuesta de individuos radicalmente distintos y dispuestos de forma jerárquica. Porque para el conservador la jerarquía es orden, aunque ello descansa sobre la existencia de órdenes particulares. Más aún: la desigualdad es una condición necesaria de la excelencia.

Por las páginas de esta obra desfilan figuras señeras del pensamiento, como *Thomas Hobbes* y *Friedrich Nietzsche*, pero también gentes de menos lucido pelaje, como *Ayn Rand*, *Barry Goldwater* o *Donald Trump*. Se me disculpará que haya incluido, con consiente temeridad, a *Hobbes* dentro de la nómina de los buho-

neros. Soy, desde hace muchos años, lector apasionado de este eximio fundador de la teoría del Estado moderno. *Hobbes*, señala con razón Robin, buscaba desatar el vínculo republicano entre la libertad personal y la posesión de poder político, defendiendo que los hombres podían ser libres en una monarquía absoluta. Ahora bien, el resultado no fue "una nueva versión de la libertad con la que todavía hoy seguimos en deuda", como sostiene Corey Robin, sino una imposible cuadratura del círculo completamente evidente para cualquiera que lea la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789. El Estado soberano, el omnipotente Leviatán, es, ciertamente, una condición indispensable para la seguridad y la libertad, pero también su potencial y terrible enemigo si no posee la adecuada estructura constitucional. Esto fue lo que, en una época de guerras civiles, no supo ver el angustiado *Thomas Hobbes*, y sí, en cambio, un poco más tarde, *John Locke*.

En cuanto a *Nietzsche*, aparece aquí como un defensor del elitismo y la desigualdad. Robin destaca una de las fuentes de su descontento con la religión: ésta habría transmitido a la modernidad una idea de lo que entrañaba la moralidad (falta de egoísmo, universalidad, igualdad) que sólo el socialismo y la democracia podían considerarse capaces de cumplir. Pero mientras que la respuesta de *Nietzsche* a semejante ecuación era cuestionar el valor de la moralidad, economistas como *Mises* y *Hayek* hicieron del mercado la verdadera expresión de la misma.

Una obra, en suma, verdaderamente interesante y de gran riqueza temática. Baste decir que dedica todo un capítulo al "originalismo" del juez de la Corte Suprema norteamericana *Antonin Scalia* en la interpretación del vetusto texto constitucional de 1787. Opuesto a la idea de una "Constitución viva" de los jueces de iz-

quierda, que conducía a "un carnaval constitucional" y a una alegre y desconsiderada invasión del poder legislativo, *Scalia* decía que al atar al juez a un texto que no cambia, el "originalismo" ayuda a conciliar el control jurisdiccional de la constitucionalidad de las leyes con la democracia, lo que nos protege del despotismo judicial. Tenía razón, y *Tocqueville* se la hubiera dado. Otra cosa es que ese planteamiento favoreciera el statu quo en materia social y política, pero el cambio ha de venir siempre de la voluntad popular y no del poder judicial.



La mente reaccionaria

Corey Robin

Capitán Swing, 2019
328 páginas; 20 euros

L
LIBROS



Susan Sontag.

sinfin de pinceladas autodescriptivas de quien se describió como una esteta apasionada y una moralista obsesiva que cifraba el alimento de su vida en el amor y el pensamiento. Hasta el punto de atribuir una raíz común al deseo de saber y al deseo carnal. También proporciona pistas sobre algunos de sus motores intelectuales: derribar el dualismo que confina el pensamiento en estructuras binarias, acceder a lo que diablos sean las verdades desmontando falsedades, entender la capacidad de generar horror alojada en el ser humano, sufrir como

Pero donde de verdad se muestra Sontag como un faro que todavía ilumina, y conserva la capacidad de irritar, es cuando discurre sobre la enfermedad o sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Como sabrán quienes se hayan acercado a **La enfermedad y sus metáforas**, las bestias negras de Sontag son el antiintelectualismo y el rechazo a la ciencia, que desembocan en la autculpabilización del enfermo y en la atribución a la voluntad individual de un papel central en la curación. No imaginaba hasta qué punto, redes sociales por

medio, se habrían de robustecer los desvaríos "magufos". Como sin duda, pese a su acerada denuncia del patriarcado, tampoco columbraba hasta qué punto, intereses políticos por medio, habrían de glorificarse los valores femeninos. "No creo que el objetivo (de la lucha feminista) sea la creación o la reivindicación de los valores femeninos", afirma. "Yo no establecería ni dejaría de establecer un

principio de cultura o sensibilidad o sensualidad femeninas. Creo", concluye, "que sería bonito que los hombres fueran más femeninos y las mujeres más masculinas". Aunque puede que de vivir hoy, quién sabe, Sontag renegase de estas palabras. Al fin y al cabo, con resonancia dylaniana, también le confiesa a Cott que cuando se le pregunta por sus libros ella está ya en otro espacio de pensamiento. A veces contradictorio con lo escrito.



Susan Sontag, la entrevista completa de "Rolling Stone"

Jonathan Cott

Alpha Decay, 128 páginas
17,50 euros

propio el dolor ajeno. Y, por supuesto, ofrece claves de la poética de una escritora que, en esencia, no establece diferencias entre ensayo y ficción, prefiere el fragmento a la argumentación lineal, atribuye un papel seminal a las metáforas en la generación de pensamientos, pero a la vez recela de ellas, y en el ejercicio de la escritura se percibe en cambio continuo y se desinteresa de su obra en cuanto atisba que sus objetivos están cobrando forma.

Don Juan en Tenorio Viejo

Sylvia Townsend Warner y la internacionalización de una metáfora de la España rural

M. S. SUÁREZ LAFUENTE

La figura de Don Juan, hombre enamorado y sin escrúpulos y libertino de oficio, está presente en la literatura occidental desde el Siglo de Oro español. Sea la autoría de **Andrés de Claramonte** o de **Tirso de Molina** y sea el título del texto fundador del mito **Cuán largo me lo fiáis** o **El burlador de Sevilla**, escrito en la segunda década del siglo XVII, **José Zorrilla** fija el arquetipo con su Don Juan Tenorio en 1844. Pero la figura de Don Juan, en sus líneas generales, aparece ya en obras de **Molière**, **Pushkin** y **Lord Byron**, y en épocas más recientes en **Gonzalo Torrente Ballester** y **Max Frisch**. Estos son sólo unos pocos nombres, muy conocidos en la literatura, pero Don Juan tiene una amplísima intertextualidad en todos los campos artísticos.

Hace unas semanas Cátedra publicó la primera traducción al español de **Tras la muerte de don Juan**, escrito por la autora inglesa **Sylvia Townsend Warner** en 1938. La traducción de la novela, así como de varios poemas y narraciones breves unidos bajo el título **Escritos sobre España** que completan el volumen, es del catedrático de Filología Inglesa **Fernando Galván**, quien también se encarga de la anotación de los textos y escribe una amplia introducción sobre la biografía y la obra de Townsend Warner.

La novela parte de la ópera burlesca de **Mozart**, **Don Giovanni**, y de la obra de Molière, más que de los textos españoles de Tirso o de Zorrilla: Don Juan es arrastrado a los infiernos por la estatua de piedra de un comendador, cuya hija había sido burlada por aquel. A partir de aquí, Townsend Warner, activista política y autora comprometida con la República española, describe un microcosmos rural, Tenorio Viejo, perdido entre montañas en algún lugar de España, en el que se dan cita una larga nómina de personajes representativos de todo lo bueno y lo malo que ve la autora en nuestro país.

A Tenorio Viejo llega la mujer burlada con su ama, su marido y su capellán, además de su cortejo, guiados por Leporello, el asistente de Don Juan presente en su desaparición, para anunciar al padre de Don Juan la muerte de éste. Estamos en los finales del siglo XVIII y Don Saturno vive entregado a sus aficiones teóricas, en un castillo decadente que se alza sobre un pueblo que lleva dormitando en su rutina durante generaciones, sobreviviendo con la promesa de que será posible, algún día, en-

cauzar el agua que mejore sus cosechas y su vida.

La llegada del cortejo sevillano y el rumor de que Don Juan, único descendiente de Don Saturno, ha muerto, despiertan el ánimo de los habitantes de Tenorio Viejo y de sus fuerzas "vivas", el maestro, el cura y su sacristán. En la vida del pueblo, en el tiempo de la novela, hay dos momentos fundamentales: cuando sopesan si Don Juan está vivo o muerto y cuando Don Juan hace su aparición en carne mortal.

Los acontecimientos se suceden en una rueda de casualidades y malentendidos que derivan en sucesos que nadie quiere realmente y que sorprenden continuamente a quienes leemos. La ingenuidad y la bonhomía de unos personajes se confunden con la intriga y el egoísmo de otros, se mezclan la realidad de los hechos con la fuerza de los deseos y todo concluye en un final totalmente inesperado.

Townsend Warner utiliza a algunos personajes como mensajeros de sus propias ideas políticas y no escatima la crítica a la situación miserable del campesinado español. Pero la novela es mucho más que eso, es una galería de personajes muy bien contruidos que, a pesar de ser emblemáticos, tienen entidad individual y son perfectamente creíbles, y el paisaje constituye también un fondo vívido y expresivo para los sucesos que se narran. Hay toques de humor y sentido de la ironía, escenas apacibles unas y otras tumultuosas, retazos de vida intensos, dramáticos o esperanzadores, y referencias históricas, geográficas y culturales.

Sobre todo ello se proyecta la figura taimada de un Don Juan que, "resucitado" de entre los demonios decide, sin renunciar a sus conquistas, ocuparse (por fin!) de la canalización del agua de Tenorio Viejo, no

por razones altruistas ni miradas hacia la modernidad, sino pensando en el poder y en el beneficio económico propio. La vuelta de Don Juan, que supuso en un principio la restauración del futuro de Don Saturno, se convierte ahora en un perverso paso adelante sobre las cenizas de la tradición y la genealogía.

El poder creativo de Sylvia Townsend Warner no erró en su visión del devenir social, sólo se equivocó al considerar a España como "un lugar muy pequeño" y, suponemos, que aislado. La autora no pudo prever que, tan sólo medio siglo después, la globalización y la deslocalización iban a empujar el mundo hasta poder incluirlo en su metáfora.



Tras la muerte de Don Juan. Escritos sobre España

Sylvia Townsend Warner
Traducción, introducción
y notas de
Fernando Galván

Ediciones Cátedra, 2019
510 páginas; 20 euros